

# BUENOS DÍAS

Lorena Toro Romero



## Capítulo 1

—¡Buenos días! —Exclamaba la jovial y sonriente sirvienta a su señora cada mañana desde que trabajaba allí.

¿La respuesta? Un incómodo silencio. Para la sirvienta, claro. A pesar de eso, ella no se rendía y con toda su energía volvía a saludarla de nuevo, aún sin obtener respuesta.

El cuarto día, tampoco dudó. ¡Buenos días! Exclamó, pero ni su insistencia ni su tenacidad conseguían atraer la atención de su señora, que no se molestaba en dedicarle una mirada siquiera. Las demás sirvientas, ya mayores, tanto física como mentalmente, no entendían a aquella joven muchacha, que día tras día intentaba que la señora se fijara en ella y la saludara. ¿Por qué tenía ese propósito? Aquello escapaba de su entendimiento. Pero allí estaba ella, puntual como la que más, frente a la puerta de su alcoba, cada mañana, esperando que la puerta se abriese para sonreír con la más amplia y sincera sonrisa y volver a exclamar lo mismo otro día más.

A la joven, a pesar de ser una campesina, le habían enseñado modales, y más que eso, le habían enseñado a amar al prójimo, así que por mucho que su señora fuera todo el día con la cara larga, no hablase e ignorase a los que eran inferiores a ella, pensaba hacer que la saludase. Había visto a distinguidos nobles disculparse por tropezarse con una simple ama de llaves, y si eso, que no era para nada normal, lo había podido presenciar, su señora también podía llegar a saludarla.

El sexto día por la noche, el ama de llaves sermoneaba a la joven, explicándole las diferentes clases sociales que existían, dejándole bien claro donde estaba ella y donde estaba su señora, por tanto, no podía esperar más de lo que ya recibía. Pero eso no iba a hacer que la chica cambiase de parecer.

El séptimo día la señora salió de su alcoba, caminó por el pasillo hasta el gran salón para almorzar. Una vez estuvo sentada en la mesa, se removió en la silla, incómoda. Algo no iba bien, pero no sabía que era. ¿Por qué tenía la sensación de que le faltaba algo? Volvió sus pasos atrás mentalmente, hasta el momento en el que despertó, pero no encontró nada. Repitió esto varias veces más, pero seguía sin encontrar la respuesta. Al final, optó por restarle importancia.

Pero el octavo día pasó lo mismo. Sólo que esta vez se dio cuenta nada más salir de sus aposentos. Mirando a ambos lados del pasillo, se dio cuenta de que no había nadie, nadie la estaba saludando como cada mañana de aquella forma tan típica y animada de la muchacha. Intentó no darle importancia de nuevo, pero desayunando volvió a sentir la incomodidad.

El noveno día pasó lo mismo, y la ansiedad comenzó a oprimirle el pecho. ¿Por qué le molestaba tanto la ausencia de aquella simple plebeya? ¿Por qué justo cuando desayunaba? No tenía respuesta alguna para tantas preguntas.

—¡Buenos días! —El décimo día, aquellas palabras retumbaron por el pasillo hasta los oídos de la señora, que sin mirarla, como de costumbre, pasaba por delante de ella para ir al salón. Pero algo había cambiado, y es que en un pequeño murmullo se pudo escuchar una respuesta, “buenos días, Beatriz”.

La sonrisa de la joven Beatriz abarcó toda su cara, con los ojos brillantes tras su éxito. Y aunque ella no pudo verlo, su señora aunque tenue, también tenía una sonrisa en los labios.

Y fue entonces cuando la señora entendió, que lo que le había hecho estar nerviosa esos días era el hecho de que al desayuno no había llegado sonriendo, porque aunque lo hacía de forma inconsciente, cada mañana tenía una pequeña sonrisa en los labios, gracias a esas simples palabras.